

Lorenzo Fernández Gómez

J. D. GARCÍA BACCA: PEREGRINO DEL VIVIR
Y DEL FILOSOFAR

Pocas veces en la historia se ha conmovido el mundo como en la ocasión de la guerra civil española de 1936-1939. El episodio ibérico suscitó por igual la atención de la prensa tanto europea como americana, lo mismo desde las derechas que desde las izquierdas. Fue un conflicto internacionalizado al calor de las tensiones políticas existentes en el mundo de entonces.

El epílogo de aquellos tres años de "guerra española", como cada vez más frecuentemente se la denominó, fue la "España-peregrina"; la diáspora de cuatro millones amplios de españoles, desarraigados de sus querencias y aventados sobre hórridas fragosidades de los caminos del éxodo, en los que cada sonrisa es apenas el anticipo del llanto. Sin poder siquiera formar un pueblo, ni una clase social, dispersos como quedaron sobre un vasto mapa geográfico, tanto de origen como de destino. Algunos se mudaron a países europeos, Francia principalmente; pero la mayoría prefirió buscar hospitalidad en pueblos de Iberoamérica, que les brindaron fraternal acogida, con gran sentido de solidaridad humana. Aquí han logrado dar cauce a sus vidas en medio de pueblos nobles y generosos que comparten con los venidos de afuera lo bueno y lo malo

que tienen, con admirable júbilo fraterno y espontánea liberalidad.

Entre los españoles del destierro que escogieron a Venezuela como su segunda patria destaca la figura prominente del filósofo navarro-venezolano por su elección -Juan David García Bacca quien, desde suelo ecuatoriano que también amó y en el que por primera vez pisó tierra de este continente al llegar como exiliado en 1.939, partió en Agosto retropróximo de la movilidad y contingencia de este mundo sensible, hacia lo absoluto y trascendente.

La muerte de este gran pensador nos convoca al reencuentro con su obra, insuficientemente conocida aún. El pensamiento hispanoamericano está en deuda con el Maestro García Bacca. Le debe el homenaje de un estudio sistemático de sus ochenta años de ininterrumpida lección, de rica experiencia creadora, vertida en quinientos y más títulos que conforman el variado y sugestivo paisaje de su extensa producción literaria, científica y filosófica. En el amplio espectro de su temática tienen espacio por igual, en fascinante vecindad, lo viejo y lo nuevo; la mayéutica socrática y la moderna lógica simbólica; los Diálogos de Platón o la Política de Aristóteles y la Geometría de Euclides; los decires que Antonio Machado -silencioso dialogante en la obra de García Bacca- pone en boca de Juan de Mairena o Abel Martín y los teoremas de la física cuántica. Su arraigo en la cultura venezolana quedó demostrado en su *Antología del Pensamiento Filosófico Venezolano*, obra publicada por la Dirección de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación en 1954. En ella seleccionó y tradujo de su original latino algunos "Tratados, Controversias, Disputaciones y Disertaciones Metafísicas" de los venezolanos Briceño, Quevedo Villegas, Valero y Navarrete, a quienes elogia por "caudalosos en

doctrina" y porque "las cuestiones aquí seleccionadas y traducidas componen un fundamental Tratado de Moral o Ética que no pasará desapercibido ni a estudiantes ni a profesores dedicados a esta asignatura en los múltiples centros de enseñanza venezolanos. Y su vocación de filósofo, en el sentido más universal y abierto del término, se hizo evidente en sus *Lecciones de Historia de la Filosofía*, publicadas en dos tomos por la Biblioteca de la Universidad Central en 1973. En esta obra derrama a torrentes el universo cultural de que es poseedor, adentrándose con extraordinaria capacidad de análisis en los meandros más recónditos del pensamiento filosófico.

En su prolongado y diverso peregrinaje, en vida y obra, ningún camino se le hizo rutina. Cada vez que su mirada inconforme se posaba sobre un tema, inauguraba un modo nuevo de mirar filosófico, renovando así lo mirado. Cada una de sus clases era una nueva aventura docente en la más sabia y vieja forma de enseñar; la del diálogo entre el maestro y el discípulo, que es aprender *entre dos*, sin dejar espacio alguno para el decir dogmático. Así aprendió Sancho del Quijote, pero a la vez nunca dejó el Quijote de aprender de Sancho.

En definitiva, "todos, maestros y alumnos, somos discípulos del pueblo, Maestro tan discreto que no se ha dado nombre propio, y tan eficiente que nos hallamos enseñados sin caer en cuenta de que lo hemos sido por un maestro". Son algunas de las "palabras iniciales" de su *Invitación a Filosofar*, obra que él mismo consideró "un acto de democracia". Y lo es: "Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe... Siempre que advirtais un tono seguro en mis palabras, pensad que os estoy enseñando algo que creo haber aprendido del pueblo". Así hablaba

Antonio Machado, y García Bacca lo repitió con entrañable devoción, tratando de imitarlo hasta en el deseo de escribir para el pueblo, que es el milagro de los genios de la palabra, como Cervantes, Shakespeare o Tolstoy. "También yo querría escribir para el pueblo -manifestó con modestia- para nuestros pueblos hispano-americanos: sobre sus problemas seculares no resueltos por las secularmente llamadas soluciones..." Al advertir que la aridez propia de muchos de sus temas pareciera destinarlos a una clase más distinguida puso denodado esfuerzo en su desarrollo, por apelar a lo que, "filósofos o no, tengan todos de pueblo, que aquí, en Hispanoamérica, es casi todo, por suerte" -aclara con singular finura analítica.

Se han venido señalando dos direcciones temáticas en la producción literaria de Juan David García Bacca. Por una parte, el de la lógica simbólica y filosofía de las ciencias que cultivó por los años treinta, estrenándose como precursor en esa inquietud lógico-epistemológica, hasta entonces inexplorada en el ámbito de la cultura hispánica. Por otra parte, fue un filósofo en el sentido genuino del término; en el perfil originario que le dio Pitágoras al crearlo, en un acto de modestia, seis siglos antes de la Era Cristiana. Un filósofo que buscó la sabiduría y la verdad en todos los espacios donde una chispa de ella pudiera saltar.

Toda su obra está, en efecto, potenciada por esta doble atención. Primero, completó su formación, inicialmente escolástica, explorando los logros científicos de la época, que constituían la innovación intelectual de vanguardia en el primer cuarto del presente siglo. A esta dirección pertenecen sus publicaciones de los años treinta *Fundamentación Moderna de la Matemática, Introducción a la Logística, Ensayo sobre la estructura Lógico-genética de las ciencias físicas, Introducción a la Lógica Moderna,*

y otras, que merecieron honroso reconocimiento desde las páginas prestigiosas del *Journal of Symbolic Logic* e hicieron posible que, en los años cincuenta, su autor físicamente ausente en el lejano exilio, estuviera presente en la España de post-guerra. Los jóvenes que para entonces iniciábamos nuestra andadura por los senderos inexplorados de la filosofía de la ciencia vivíamos la experiencia apasionante -por transgresora e insólita- de tener que desplazarnos a Francia para poder leer en la Biblioteca Nacional de París los *Fundamentos Modernos de la Matemática* del Maestro García Bacca, obra prohibida en España por su novedoso y personal pensar científico y por estar, además redactada en catalán, lengua también prohibida entonces.

Sin embargo, la apelación de "filósofo de la ciencia" que se atribuye al gran pensador que fue García Bacca requiere ser precisada. No lo fue en el sentido restrictivo del término, aplicable con propiedad a quienes se resisten a admitir una diversidad de grados del saber con validez científica. Tampoco -como se ha pretendido- fue un pensador relacionable con la Escuela de Viena y su estrecha concepción del filosofar.

En su obra *Elogio de la Técnica* arremete contra sus detractores, echando mano del arma verbal que, a otro propósito, nos legó Galileo: merecen ser trocados en estatuas. Porque son legítimos los logros de la técnica que representan un bien para la humanidad y confirman la primacía del hombre sobre los demás seres del universo. Pero combate con igual pasión a los defensores a ultranza de un cientismo que "perturba -escribe en la misma obra- la genética de plantas, animales y microorganismos" y pervierte -agregamos- la sentencia de Bacon al tratar de vencer la naturaleza desobedeciéndola. "La naturaleza

-escribe también- posee por constitución límites ontológicamente infranqueables, lo cual debe avisarnos de que los respetemos”.

El mejor perfil de su personal modo de ser filósofo de la ciencia lo diseñó el propio pensador García Bacca, en el prólogo de su *Curso Sistemático de Filosofía Actual*:

El autor de esta obra se reconoce, una vez más, deudor a todos los filósofos, desde Aristóteles hasta Zubiri -acéptese el resumen alfabético- más en especial, por exigencia de su plan de filosofía “actual”, reconoce deber a Kant, Hegel, Marx, Whitehead y Sartre lo que en esta obra se hallare de mayor valor para la “filosofía-ciencia” de nuestros tiempos y futuro próximo.

En estas líneas del maestro se halla la cifra exacta del sentido de universalidad y totalidad de su nuevo modo de mirar filosófico. La doble reflexión que se advierte en su obra converge en el proyecto unitario de su visión totalizadora del saber: un árbol cuyas raíces son los eternos e insoslayables problemas de la metafísica; su tronco, los de la física, y las ramas son todas las demás ciencias.

Ortega, en su *Meditación de la Técnica*, advirtió a tiempo que “uno de los temas que en los próximos años se va a debatir con mayor brío es el del sentido, ventajas, daños y límites de la técnica”. Y optó por contraponer su raciovitalismo a la racionalidad físico-matemática de los nuevos tiempos. En cambio, el pensador García Bacca examinó con fino análisis, acusadamente personal, *Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas*, y, trascendiendo unilaterales adscripciones a determinada línea de pensamiento, armonizó con sutil ponderación los nuevos modelos y formas de la ciencia y de la técnica con las viejas categorías y problemas de la tradición filosófica, en una trama ensamblada con vigorosa pasión ética que lo

remite una y otra vez a los temas cruciales de la dignidad del hombre y su libertad.

Quedaría aún muy incompleto el perfil de la personalidad de Juan David García Bacca que intentamos hacer en esta líneas, si omitiéramos mencionar el ensayo sobre Antropología filosófica, contenido en la parte primera de su *Invitación a Filosofar*. En esta obra, su visión totalizadora del saber se hermanó con la exaltación y el éxtasis del poeta en los vuelos sublimes a que están predestinados ambos, filósofo y poeta. Como decía Aristóteles, el hombre comenzó siendo poeta. Después, se hizo filósofo por melancolía y nostalgia. Ambos sentimientos abundaron en el corazón de García Bacca, peregrino como fuetanto en el vivir como en el filosofar. Por eso hizo fluir de los cantares poéticos de Antonio Machado sugestivas reflexiones "no obstante -es su advertencia- la aparente trivialidad y marcada perogrullez de sus versos".

*El ojo que ves no es
ojo porque tú lo vez;
es porque te ve.*

Quien habla a un hombre, habla a El Hombre. El hombre a quien hablamos, no es hombre porque le hablamos; es hombre porque responde justamente a los que le hablamos. Y por esa correlación somos los dos *hombres*...

*Mis ojos en el espejo
son ojos ciegos que miran
los ojos con que los veo.*

Los ojos de cada hombre son ojos ciegos, imágenes en el espejo de los ojos de los demás hombres, que suelen vernos a través de esos ojos *cosificados* que miran los ojos con que los vemos. Nos miramos sin ver. Nos conocemos sin conocernos. Por mirar sin ver damos -y nos damos- muchos palos de ciego...

Estos retoques a los cantares de Machado evidencian el tono de heroicidad intelectual y de peculiar dramatismo en que su autor estaba empeñado. No son frases para leerlas solamente. Hay que "desleerlas", romper su poética superficie y meterse dentro de ellas, en su propia entraña significativa.

Son pasos de un peregrino, en constante aventura, a quien el ingenio, hizo echar por caminos que no están señalados en el mapa del hombre, como decía Cervantes del Ingenioso Hidalgo Don Quijote.

LORENZO FERNÁNDEZ GÓMEZ